

Los procesos de restauración colectivos en el patrimonio arquitectónico

José Sánchez-Laulhé | Tejares Once Sociedad Cooperativa Andaluza

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5612>

En esta contribución me voy a centrar en un tipo de patrimonio muy concreto: la construcción, edificio o entorno urbano. Queda para el lector/lectora la decisión de si estas premisas se pueden extender a otros ámbitos de la restauración o no. Utilizaré como referencia mi formación, y posicionamiento, en arquitectura y un proyecto cooperativo del que soy parte realizado en la antigua Fábrica de Sombreros de Fernández y Roche en Sevilla. Sobre la arquitectura como disciplina creo que es necesario recordar que sufre una transformación radical en su objeto a mediados del siglo XIX. El arquitecto pasó de ser un artista o artesano de la construcción requerido en elementos concretos de la ciudad a ser el encargado de cotejar la aplicación de las regulaciones urbano-constructivas sobre el conjunto de los espacios construidos de la ciudad. La progresiva complejización de estas regulaciones condujo a no ser únicamente el vigilante sino también el único capaz de diseñar toda construcción susceptible de ser corroborada mediante su firma. En este sentido hay una pregunta que evitamos desde hace tiempo relacionada con las consecuencias de la irrupción de esta “nueva ciencia” en la relación entre la ciudad como realidad construida y sus habitantes¹. El problema que acompaña al tratamiento de la arquitectura, el urbanismo o el patrimonio como ciencias es que descalifica al resto de saberes. Estas ciencias no son neutrales políticamente hablando. Como disciplinas, desde sus actividades como conjunto, tienen una inercia que favorece a unos intereses y perjudica a otros.

Del mismo modo que la industrialización a finales del siglo XIX en las principales ciudades españolas no solo definió las transformaciones urbanas sino también el tipo de crecimiento producido (Almuedo 1996), el modelo actual está fomentando un tipo de ciudad que impulsa

un sistema de producción concreto. En el caso de nuestras ciudades históricas en los últimos treinta años esto se ha materializado en una industria que ha prevalecido, que ha incrementado su poder, y que ha multiplicado sus recursos como es la industria del turismo (adquiriendo en sus elementos constructivos la forma de alojamientos, edificios convertidos en monumentos, tipologías comerciales atractivas para el turista). Por otro lado, a las vecinas y vecinos se les ha vapuleado, mediante el desmantelamiento de los equipamientos que les son necesarios para la vida, y se les ha expulsado de estas áreas. Un error habitual ha sido analizar estas consecuencias como colaterales. Las estrategias de actuación sobre el patrimonio arquitectónico en las zonas históricas están siendo, habitualmente, colaboradoras necesarias de este modelo. Son objetivos centrales de estas disciplinas como tecnologías.

Esto sería un problema menor si no es porque la figura del arquitecto, como único capaz de hacer, es una figura crítica en el engranaje de la industria inmobiliaria. Esta industria solo se mantiene en funcionamiento mediante la plusvalía -por encarecimiento del suelo, por transformación o mejora de las edificaciones- y para ello necesitan que el valor de cada inmueble aumente. No se deja casi espacio para soluciones fuera de ese marco donde cada operación ha de despertar el valor de los inversores. En el caso del patrimonio arquitectónico esto se constituye a través de los programas de intervención, que atienden a las demandas turísticas en lugar de a la escala vecinal. Especialmente sangrante es en el caso de que estos inmuebles sean de titularidad pública ya que se facilita la apropiación por el turismo de unas construcciones cuyo valor patrimonial ha sido aportado a través de las distintas generaciones de vecinos. Sin embargo, nuestro pro-

yecto T11 ha desvelado que se pueden generar otras formas de producción basadas en la economía circular y con especial atención a saberes con especificidades locales como son las artesanías (Sánchez-Laulhé 2023). Cuando nos instalamos en la Fábrica apenas había tres iniciativas instaladas. Todas con un grado de exposición al exterior muy bajo por la gestión llena de irregularidades de los propietarios. Nuestra llegada y apuesta por el espacio, alquilamos casi 600 m2 para montar una carpintería como equipamiento de barrio y un espacio de trabajo equipado con un aula, hizo que año y medio después se hubieran instalado hasta treinta iniciativas nuevas. Todas relacionadas con oficios artesanos. Nos colectivizamos bajo el nombre de asociación cultural La Sin Sombreros y, aunque ha decrecido la ocupación últimamente por la mala gestión de la propiedad, el espacio ha sido redescubierto por el vecindario.

Reivindicamos los espacios patrimoniales como sitios en continua evolución, donde nada se da por resuelto ni, mucho menos, por definitivo. Por ejemplo, las tecnologías y su evolución han determinado espacialmente los espacios industriales como el nuestro (Winchester 2021), y era habitual que las industrias contasen con talleres mecánicos y de carpintería que no solo hacían el mantenimiento de las tecnologías sino que estaban transformando los espacios según variaban su papel en el proceso. Nuestro proyecto muestra que ser sensibles a las demandas locales es una opción viable (y en ocasiones necesaria) desde la restauración patrimonial, incluso instalando en estos edificios equipamientos que den servicio y trabajo al entorno local. Dar viabilidad a estos procesos y acompañarlos para conseguir darles formas es un camino plausible para el patrimonio en los próximos años. Se necesitarán profesionales que pon-



Naves que conforman el proyecto T11 en la antigua Fábrica de Sombreros (2023) | Ilustración Miriam Barea

gan las reivindicaciones de la población local en forma de programa para estos edificios que quedaron en desuso a finales del siglo XX y muchos de los cuales ahora son gestionados por las administraciones públicas. No hay que olvidar que el patrimonio de la antigua Fábrica de Sombreros de Fernández y Roche debe parte de su valor a la familia que promovió esa industria, pero también a sus trabajadores y al barrio que se amoldó a ella a su alrededor. En la construcción y defensa pública de esos programas debiera empezar la labor de la restauración arquitectónica en unas ciudades saturadas de turismo y fatigadas por la crisis climática.

NOTAS

1. “¿Qué tipos de saber quieren ustedes descalificar desde el momento en que se dicen una ciencia? ¿Qué sujeto hablante, qué sujeto que discurre, qué sujeto de experiencia y saber quieren aminorar desde el momento en que dicen: ‘yo, que emito ese discurso, emito un discurso científico y soy un sabio?’ ¿Qué vanguardia teórico-política, en consecuencia, quieren entronizar, para separarla de todas las formas masivas, circulantes y discontinuas de saber?” (Foucault 2003, 19).

BIBLIOGRAFÍA

- Almuedo, J. (1996) *Ciudad e industria: Sevilla 1850-1930*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla
- Foucault, M (2003) *Hay que defender la sociedad: Curso del Collège de France (1975-1976)*. Madrid: Akal
- Sánchez-Laulhé, J. (2023) Más madera en la Fábrica de Sombreros. *El Topo Tabernario*, n.º 58. Disponible en: <https://eltopo.org/mas-madera-en-la-antigua-fabrica-de-sombreros/> [Consulta: 06/05/2024]
- Winchester, S (2021) *Los perfeccionistas. Cómo la precisión creó el mundo moderno*. Madrid: Turner publicaciones